

¡conseguir parlante!

Introducción - relato: Jero

Actores: Jochi (María), Gino (Jesús), Jero (Lázaro), Tizi (Marta)

Lectores: Vale (Marta que lee), Fran (Jesús que lee)

En el patio interno, los chicos se venden, y desde ahí salen caminando hasta el patio de afuera. Se sientan alrededor de la cruz apagada y el fogón. Empieza el primer relato:

-Fue en ese entonces, donde los discípulos, luego de la muerte de Jesús se reunieron todos en un mismo lugar por el día de Pentecostés... en una casa precaria, escondidos, desesperanzados, sin motivo alguno, aquello que había sido su fuente de esperanza por tanto tiempo, lo habían perdido. Ellos habían encontrado al mesías, aquel esperado por tanto tiempo, su salvador había hecho eco en nuestra historia, el Dios con nosotros se había revelado a los hombres, sin embargo, de un día a otro, muere.

Por ello, aquel día se había vuelto tan oscuro y triste, ese Dios, ese maestro, ese señor que les había mostrado el amor más pleno del mundo... los había dejado

De pronto escucharon algo, vino del cielo un ruido, semejante a una fuerte ráfaga de viento, que resonó en toda la casa donde se encontraban. Entonces vieron aparecer unas lenguas como de fuego, que descendieron por separado sobre cada uno de ellos y fue allí, en ese mismo instante, donde todos quedaron llenos del Espíritu Santo.

Levantaron el rostro casi sin poderlo creer, porque estaban tomando conciencia de lo que había sucedido. Este era Jesús, Jesús estaba VIVO. De repente, todo vacío de su corazón se había llenado, sentían gozo, plenitud, no necesitaban más nada. Ahí mismo, exaltados y llenos de alegría, salieron a comunicarle a todos sus hermanos como aquel estaba presente dentro de cada uno y había venido a darles vida.

...

Al igual que los discípulos, ustedes vinieron acá tal vez a despejarse, a buscar respuestas, desanimados, apagados, por aquellos roces que te da la vida... pero siempre es él, Jesús, quien viene a encender ese fuego, que viene a traer la luz en la oscuridad, él que te dice que frente a todo hay solución, el que te tiende la mano y te levanta, el que te dice que su misericordia es más grande que el pecado, el que te abraza, el que te mira, el que cara a cara te sonríe y hace que te caiga la ficha de toooodo lo que no estabas pudiendo ver. Y si, tal vez lo viste ahí, en otro, porque Jesús ya no es un sujeto que camina por el mundo, Jesús eligió quedarse en todos, en tus amigos, o más bien en tus hermanos...

En pocas palabras, Jesús está, y enciende en tu corazón un fuego que deseaba arder

AHORA SE ENCIENDE LA CRUZ

Estamos viviendo unos días donde muchos están sintiendo cómo Jesús enciende ese fuego en sus corazones. Como en Pentecostés, cuando los discípulos, tristes y sin rumbo, fueron llenos del Espíritu y descubrieron que Jesús estaba vivo, también ustedes pueden experimentar que Él sigue actuando, que su presencia transforma, renueva y nos da vida.

En esta noche, vamos a reflexionar sobre un pasaje muy profundo: La resurrección de Lázaro. En este, se relacionan el dolor humano, la amistad, la fe y la esperanza en la vida eterna.

Jesús, gran amigo de Lázaro, llega para revelar que Él es la resurrección y la vida, y que quien cree en Él, aunque muera, vivirá.

El Señor nos invita hoy a renovar nuestra fe, a creer que ninguna situación está perdida cuando Él está presente.

LECTURA:

Había un hombre enfermo, Lázaro de Betania, del pueblo de María y de su hermana Marta.

María era la misma que derramó perfume sobre el Señor y le secó los pies con sus cabellos. Su hermano Lázaro era el que estaba enfermo.

Las hermanas enviaron a decir a Jesús: «Señor, el que tú amas, está enfermo».

Al oír esto, Jesús dijo: «Esta enfermedad no es mortal; es para gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella».

Jesús quería mucho a Marta, a su hermana y a Lázaro.

Sin embargo, cuando oyó que este se encontraba enfermo, se quedó dos días más en el lugar donde estaba.

Después dijo a sus discípulos: «Volvamos a Judea».

Los discípulos le dijeron: «Maestro, hace poco los judíos querían apedrearte, ¿quieres volver allá?».

Jesús les respondió: «¿Acaso no son doce las horas del día? El que camina de día no tropieza, porque ve la luz de este mundo;

en cambio, el que camina de noche tropieza, porque la luz no está en él».

Después agregó: «Nuestro amigo Lázaro duerme, pero yo voy a despertarlo».

Sus discípulos le dijeron: «Señor, si duerme, se curará».

Ellos pensaban que hablaba del sueño, pero Jesús se refería a la muerte.

Entonces les dijo abiertamente: «Lázaro ha muerto,

y me alegro por ustedes de no haber estado allí, a fin de que crean. Vayamos a verlo».

Tomás, llamado el Mellizo, dijo a los otros discípulos: «Vayamos también nosotros a morir con él».

Cuando Jesús llegó, se encontró con que Lázaro estaba sepultado desde hacía cuatro días.

Betania estaba de Jerusalén sólo unos tres kilómetros.

Muchos judíos habían ido a consolar a Marta y a María, por la muerte de su hermano.

Al enterarse de que Jesús llegaba, Marta salió a su encuentro, mientras María permanecía en la casa.

Marta dijo a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto.

Pero yo sé que aun ahora, Dios te concederá todo lo que le pidas».

Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará».

Marta le respondió: «Sé que resucitará en la resurrección del último día».

Jesús le dijo: «Yo soy la Resurrección y la Vida. El que cree en mí, aunque muera, vivirá:

y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?».

Ella le respondió: «Sí, Señor, creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que debía venir al mundo».

Después fue a llamar a María, su hermana, y le dijo en voz baja: «El Maestro está aquí y te llama».

Al oír esto, ella se levantó rápidamente y fue a su encuentro.

Jesús no había llegado todavía al pueblo, sino que estaba en el mismo sitio donde Marta lo había encontrado.

Los Judíos que estaban en la casa consolando a María, al ver que esta se levantaba de repente y salía, la siguieron, pensando que iba al sepulcro para llorar allí.

María llegó adonde estaba Jesús y, al verlo, se postró a sus pies y le dijo: «Señor, si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto».

Jesús, al verla llorar a ella, y también a los judíos que la acompañaban, conmovido y turbado,

preguntó: «¿Dónde lo pusieron?». Le respondieron: «Ven, Señor, y lo verás».

Y Jesús lloró.

Los judíos dijeron: «¡Cómo lo amaba!».

Pero algunos decían: «Este que abrió los ojos del ciego de nacimiento, ¿no podría impedir que Lázaro muriera?».

Jesús, conmoviéndose nuevamente, llegó al sepulcro, que era una cueva con una piedra encima,

y le dijo: «Quiten la piedra». Marta, la hermana del difunto, le respondió: «Señor, huele mal; ya hace cuatro días que está muerto».

Jesús le dijo: «¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?».

Entonces quitaron la piedra, y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: «Padre, te doy gracias porque me oíste. Yo sé que siempre me oyes, pero lo he dicho por esta gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado».

Después de decir esto, gritó con voz fuerte: «¡Lázaro, ven afuera!».

El muerto salió con los pies y las manos atados con vendas, y el rostro envuelto en un sudario. Jesús les dijo: «Desatenlo para que pueda caminar».

Al ver lo que hizo Jesús, muchos de los judíos que habían ido a casa de María creyeron en él.